

Homilía Fiesta del Bautismo del Señor (Primer aniversario en la Diócesis)

Excelentísimo Mons Miguel Irizar (obispo de Callao, Perú), queridos sacerdotes, queridos fieles, queridos “hijos de Dios”:

He aquí el mayor de los “títulos” y de las “dignidades” que jamás hayan podido referirse a un ser humano: “hijo de Dios”. Es justo que hoy hayamos comenzado con este saludo -¡Queridos hijos de Dios!-, ya que la celebración del Bautismo de Jesús en el río Jordán es ocasión para que recordemos y renovemos la gracia bautismal que un día recibimos.

El hecho de que el tiempo de Navidad concluya con esta fiesta, no deja de ser altamente significativo: Dios hizo suya nuestra condición humana, para que los hombres podamos participar de su condición divina: Él se hace hijo de María y José, para que nosotros podamos ser “hijos de Dios”. Si fuésemos conscientes de lo que esto supone, si viviésemos nuestra filiación divina con plena coherencia, nuestra felicidad estaría asegurada para la vida presente, sin esperar a la vida eterna. Recuerdo una sencilla y a la vez profunda oración que aprendíamos de niños: “Dios es mi Padre, qué feliz soy; soy hijo suyo, hijo de Dios”.

Pero, en muchas ocasiones, no disfrutamos de la condición divina que un día recibimos, por motivo de nuestra indiferencia y del apego a los bienes materiales. Fácilmente nos entretenemos en miserias y bagatelas. Fundamos nuestra dicha en “alcanzar la luna” –como popularmente se dice-, olvidando que la auténtica felicidad se basa en disfrutar de lo que somos por el bautismo: ¡¡hijos de Dios!! ¡Tenemos el tesoro en casa, mientras que paradójicamente mendigamos calderilla por las calles!

La crisis de desesperanza de nuestra cultura occidental, no está ligada a unas carencias materiales o coyunturales determinadas, sino a una crisis de identidad y de sentido. Nuestra carencia principal no está en el tener, sino en el ser.

Decía Robert Lewis, poeta y novelista británico, que no existe deber que descuidemos tanto como el deber de ser felices. ¡Qué paradoja que nos autoexcluyamos de la FELICIDAD con mayúsculas, cuando en realidad la estamos buscando ansiosamente! Bien podríamos decir que damos palos de ciego, buscando donde no hay, teniendo al alcance de nuestra mano la fuente... Si me permitís una imagen con un punto de humor, se cuenta que cuando Pilato le preguntó a Jesús: “¿Y qué es la verdad?”, escuchó de labios de Jesús una respuesta sorprendente: “¡Si es un perro, te muerde!”...

Pues bien, en el Evangelio hemos escuchado que tras abrirse los cielos, se escucharon las siguientes palabras en el río Jordán: “¡Éste es mi Hijo amado!...” Acogiendo esa palabra del Padre, que nos invita a centrarnos en su Hijo Jesucristo, mirémoslo, admirémoslo, convirtámonos, disfrutemos, seamos felices... porque por voluntad del Padre, Jesucristo ha compartido su condición de Hijo con cada uno de nosotros... Recordemos aquel texto impresionante de la Primera Carta del apóstol San Juan: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a Él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es.” (1 Jn 3, 1-2)

Decía un psicólogo infantil, con un punto de ironía, pero con mucha sabiduría, que el secreto de la felicidad está en haber elegido bien a los padres... Amoldando sus

palabras a nuestro discurso teológico, bien podríamos afirmar: “El secreto de nuestra felicidad está en que es el Padre del Cielo quien nos ha elegido como hijos”. Tenemos costumbre de preguntarle a los niños: ¿Qué quieres ser de mayor?... En realidad, la felicidad en la vida no consiste en ser lo que queramos; sino en querer aquello que somos: hijos de Dios.

Todas estas afirmaciones que hacemos con motivo del Bautismo de Jesús en el río Jordán, no son el refugio de un falso misticismo, que nos alejan de la realidad de la vida, como algunos podrían pensar. Por el contrario, nuestra relación con el prójimo y el mismo conjunto de las relaciones sociales están totalmente condicionados por este punto de partida. El mandamiento del amor al prójimo que Jesús nos dejó, es explicitado con las siguientes palabras: “como yo os he amado”. Es decir, el prójimo no es un mero “otro”, sino que es también hijo de Dios, por la gracia de Cristo. ¿Cómo no vamos a acoger y amar a quienes son adoptados como hijos por Dios? ¿Podría haber una contradicción mayor en un creyente?

En este día, 9 de enero, se cumple un año de la ceremonia de mi Toma de Posesión como obispo de esta Diócesis de San Sebastián. Quiero dar públicamente gracias a Dios y a cada uno de vosotros, por el apoyo que me habéis brindado a lo largo de estos doce primeros meses. La oración que tantos de vosotros dirigís a Dios, a favor del Papa y vuestro obispo, tiene un poder de intercesión impresionante.

Y también quiero agradecer especialmente a todos aquellos que juzgaron negativamente mi elección como obispo de San Sebastián, y que han hecho un serio esfuerzo por el trabajo en comunión con su nuevo obispo. Entre todos continuaremos una labor que permita dar respuesta a los grandes retos de nuestro tiempo y lugar. También quiero aprovechar este momento para agradecer al resto de la sociedad guipuzcoana y a las instituciones en particular, el buen clima de colaboración y cooperación del que disfrutamos.

En fechas recientes hemos concluido la elección y puesta en marcha de nuestro Consejo Presbiteral, y estamos comenzando el proceso de la elección del Consejo Pastoral Diocesano. Terminada ésta, ya habremos completado la renovación de los órganos gestores de la Diócesis, y comenzaremos la elaboración del Plan Pastoral para los próximos años. Os pido a todos vuestra oración y vuestra colaboración, para que acertemos en los pasos a dar. De una forma especial, como reiteradamente me habéis escuchado ya en otras ocasiones, por la Pastoral Juvenil y Vocacional os pido vuestra oración y colaboración. Aquí tenemos ante nosotros un gran reto.

Volvamos otra vez a esas palabras escuchadas en la teofanía del río Jordán: “Éste es mi Hijo amado, mi predilecto”... El Padre nos pide que acojamos la revelación de su Hijo, que permanezcamos atentos a la Palabra de Cristo, a la Tradición y al Magisterio eclesial, al testimonio de los santos, a los signos de los tiempos... para colaborar en la construcción del Reino de Dios, necesaria en tantos campos:

+ Nos preocupa de una forma especial la falta de libertad religiosa que padecen y sufren los cristianos que viven en minoría en países de mayoría musulmana o hindú. Los cristianos sufren cruel persecución en muchos lugares, mientras Occidente guarda silencio... Acaso esto último sea debido a que también se percibe entre nosotros un clima de agresividad y laicismo extremo contra la Iglesia Católica, al que quizás nos estemos ya acostumbrando, pero que resulta muy llamativo para quienes nos visitan de otros países.

+ Nos preocupa también el reto de la paz. Anhelamos que llegue el momento de la definitiva disolución de ETA y de la reconciliación y sanación de tantas heridas generadas por la violencia. Continuaremos ofreciendo en todo momento la luz del

Evangelio, como instrumento indispensable para la pacificación y la reconciliación de nuestro pueblo.

+ Nos preocupa la violencia machista presente en nuestra sociedad, que tiene a la mujer como víctima, y que lejos de desaparecer sigue extendiéndose en nuestros días. Continuaremos predicando las virtudes de la humildad, paciencia, respeto y de la castidad, porque estamos convencidos de que son indispensables para que no se animalice la relación del hombre con la mujer.

+ Nos preocupan las consecuencias de la crisis económica, de una forma especial en quienes carecen del apoyo familiar, en los jóvenes que no han accedido siquiera a su primer empleo, en los inmigrantes... Continuaremos proponiendo los retos de la solidaridad y de la caridad a nuestras comunidades parroquiales.

Todas estas tareas y preocupaciones son una responsabilidad para nosotros, queridos hermanos... Pero la gracia de Dios actúa de una forma muy especial a través de aquellos que viven con coherencia la filiación divina. Porque –no lo olvidemos- ¡¡somos hijos de Dios en Jesucristo!!